

habitado á no trazar nunca los suyos sino al frente del enemigo. Una respuesta tan llena de arrogancia sólo á un discursista presentuoso hubiera podido dirigirse. Así Ney en cuanto asomó el alba del día 14 montó á caballo y vestido de riguroso uniforme y condecorado con cuantas cruces tenía ganadas, fué á asirse del brazo de Murat y sacudiéndole con violencia ante todo el estado mayor y en presencia del emperador mismo, le dijo: «Venid, príncipe, venid á trazar vuestros planes conmigo al frente de las bayonetas enemigas.» Y como un relámpago rompió con su caballo hacia el Danubio para dirigir la peligrosa empresa que se le había encomendado, teniendo que pasar por medio de una lluvia de balas y de metralla, y con el agua hasta los estribos.

Era preciso rehabilitar el puente del cual no habían quedado sino los travesaños (1), pasar al lado opuesto, atravesar una pradera que se extendía entre el Danubio y el regazo del monte, apoderarse en seguida del pueblo del Elchingen y de su convento, que se alzaba en forma de anfiteatro, y que se hallaba ocupado por veinte mil austriacos y un juego de artillería formidable.

En muy poco tuvo el mariscal Ney todos esos obstáculos, antes ordenó inmediatamente al capitán Coisel, edecán del general Loison, y á uno de los gastadores, que cargaran con el primer tablón y le condujeran sobre los travesaños del puente para habilitar el paso, sin hacer cuenta de las balas enemigas. Una bala de cañón arrebató al instante una pierna de aquel desventurado zapador, cuyo puesto vino á ocupar otro inmediatamente. Al fin se logró tirar un tablón de viga á viga, en seguida otro y otro, formando así la primera bovedilla, tras la cual pudo repararse la segunda, después la tercera y en fin hasta la última, siempre entre una lluvia de balas y de metralla disparadas por tiradores sobrado diestros, desde la orilla opuesta á la de nuestros soldados. Ni aun se había probado todavía la solidez del puente cuando ya se echaron al otro lado del Danubio los fusileros del 6.º de ligeros, los granaderos del 39 y una compañía de carabineros, quienes ahuyentaron á los austriacos apostados en la orilla izquierda, ganándose cuanto espacio era necesario para que la división Loison pudiera correr á socorrerlos.

Ney mandó entonces que á la parte opuesta del Danubio pasaran los regimientos 39 y 6.º de ligeros, y que el general Villate tomara el mando del primero, debiendo correrse á la derecha de la pradera hasta echar de ella á los austriacos mientras que él en persona iba con el segundo á apoderarse del convento de Elchingen. El 39, detenido á la mitad del puente por la misma caballería francesa, que con ímpetu irresistible corría á saltarle, no pudo acabar de pasar; sólo lo logró su primer batallón, sobre el cual cayeron al instante tres batallones enemigos y repetidas cargas de la caballería austriaca, hasta vencer su tenaz esfuerzo y replegarle otra vez á la cabeza del puente, donde volvió á rehacerse socorrido á punto por su segundo y por los 69 y 76 de línea, con cuyo auxilio recobró de nuevo el te-

(1) Se nos dijo no ha un instante que del incendio nada pudo salvarse sino la parte de los pilares de dentro del agua; ahora dice Thiers que tenía intactos los travesaños, que nada le faltaba sino la tablazón ó sea el cubierto de las bovedillas. ¿Es posible que con tanto descuido se escriba la historia? (N. del T.)

rreno perdido, se hizo dueño de la pradera y obligó á los austriacos á repechar la montaña.

Entretanto también Ney iba trepando con el 6.º de ligeros por las callejuelas tortuosas del pueblecillo de Elchingen, desde cuyas casas le hacía un fuego horroroso la infantería austriaca, poniéndole en la necesidad de irselas quitando una á una hasta ganar las de toda la aldea y en seguida el convento, que, como ya se dijo, está situado sobre la meseta del monte. Dueño ya de este punto, con la vista pudo dominar todos aquellos llanos ondeados y de trecho en trecho coronados de árboles, entre los cuales la división Dupont había mandado su refriega tres días antes, llanos que se extienden hasta Michelsberg, á la parte arriba de la ciudad de Ulm; llanos, en fin, cuya posición encontró Ney más ventajosa para sus tropas que las márgenes del Danubio, donde quedarían expuestas á un retorno ofensivo de las armas enemigas. Sobre la meseta del monte y hasta lindar con el pueblecillo de Elchingen y su convento se corría una gran manga de soto, cuya ocupación era de toda importancia para apoyo del flanco izquierdo. Ney, que reconoció inmediatamente esa circunstancia, con la cual se procuraba el medio de maniobrar sin riesgo en torno de aquella ala, adelantando su derecha cuanto quisiera, despachó al soto el 69 de línea, que al instante penetró entre las breñas con desprecio del fuego horroroso que le hacían los austriacos. Mientras que las armas de ambos bandos se disputan ese punto con imponderable encarnizamiento, en cuadros de dos á tres mil hombres cada uno, se formaban las demás tropas austriacas, sobre cuyos cuadros cayeron al instante los dragones y la infantería de Ney, que acometió en columna cerrada. A la primera carga que ejecutó el 18 de dragones, uno de aquellos cuerpos quedó arrollado y rendido á discreción, lo cual visto por los otros, todos ellos se pronunciaron en retirada, huyendo precipitados desde luego hacia Halasch y después á Michelsberg, donde por fin volvieron á reunirse.

En tanto que así iban las cosas por la parte de Elchingen, Dupont, que desde Langenau se trasladaba sobre Albeck, vino á encontrarse con la división de Werneck, despachada desde Ulm la víspera para reconocer la orilla izquierda del Danubio y ver si quedaba algún camino por donde pudiera retirarse el ejército austriaco. Como el general Werneck oyera á su retaguardia el estruendo de la artillería, inmediatamente torció de dirección encaminándose hacia Michelsberg por la ruta que va desde Albeck á Ulm, y llegando á este punto precisamente al mismo tiempo que Dupont, y cuando al mariscal Ney acababa de ocupar las montañas de Elchingen. Un nuevo ataque se hizo indispensable entre Dupont y Werneck, éste empeñado en abrirse paso para Ulm y aquél resuelto á cortársele. El 32 y el 9.º de ligeros se arrojaron en columna cerrada contra la infantería austriaca, obligándola á retroceder, mientras que el 96, formado en cuadro, entretenía á la caballería enemiga y recibía sus cargas. Por fin la noche puso tregua á esa contienda, quedando ya cortada la retirada para Ulm á las tropas de Werneck; Ney con su gloriosa conquista de la orilla izquierda del Danubio, tres mil prisioneros y una multitud de piezas de artillería en nuestro poder, y lo más importante de todo, los austriacos acorralados enteramente en Ulm y sin medio alguno de salvación

por muy dichosas y acertadas que fueran sus inspiraciones ya en semejante trance.

A más de esos resultados hay que contar que Lannes había subido ya por la derecha hasta dar vista á Ulm, Marmont estaba en las inmediaciones del Iller y Soult ocupando á Meningen, teniendo ya acorralada la parte más extrema de la posición del ejército austriaco. Cuando Soult llegó á Meningen, todavía continuaban los austriacos fortificando ese pueblo con una estacada; pero atacado de improviso y con energía, forzoso fué que el general Espangen se rindiera con sus cinco mil soldados, toda su artillería y un gran número de caballos. Jallachich venía al socorro de esa guarnición de Meningen con toda su división, pero llegó tarde; y como viera que tenía delante un cuerpo de treinta mil hombres, al momento emprendió su retirada, no para Ulm, adonde presumió no poder llegar con bien, sino hacia Kempten y el Tirol. Soult en vista de esto se dirigió con toda diligencia hacia Ochsenhausen para dejar acabado en todas direcciones el cerco de la plaza y del atrincheramiento de Ulm.

Tal era el aspecto de las cosas al declinar el día 14 de octubre. Con la ausencia del general Jellachich y las pérdidas de las diferentes refriegas empeñadas en aquellos días, el ejército de Mack había quedado reducido á cincuenta mil hombres. Y de este número todavía era menester rebajar el que componía la división de Werneck, cuyo paso tenía cortado el general Dupont. La posición de ese malhadado jefe era verdaderamente desesperada. Ningún otro recurso le quedaba sino el arrojarse con espada en mano sobre uno de los puntos de aquel círculo férreo dentro del cual se le estrechaba, y perecer en él ó romperle. El medio menos desastroso consistía en acometer contra Ney y Dupont. Sin duda había de salir derrotado, porque Lannes y Murat habrían corrido por el puente de Elchingen á la defensa de aquellos dos jefes, y ciertamente ni tantas fuerzas eran necesarias para rendir á unas tropas ya desmoralizadas. Con todo, así era como se salvaba el honor de la bandera, que es, á falta del triunfo, el resultado más precioso á que se debe aspirar, sólo que el general Mack se encerró en su tenaz resolución de quedar con sus bayonetas concentradas en Ulm para esperar allí el auxilio de los rusos. Ni de esa su resolución le sacaron las violentas diatribas con que le acometieron el príncipe Schwartzemberg y el archiduque Fernando, sobre todo este último, que todo lo sacrificara á trueque de no verse hecho prisionero de guerra, antes Mack mostró entonces los poderes que del emperador tenía para revestirse de la suprema autoridad desde que entre él y el archiduque se declarase el desacuerdo; importando aquel documento cuanto hacía al caso para cargar en Mack todo el peso de la responsabilidad, y muy poco ó nada en punto á la obediencia que se le debía. Así es que el archiduque, merced á su posición más independiente que la del príncipe, resolvió substraerse á las órdenes del general en jefe, y en cuanto entró la noche se fugó de Ulm por una de las puertas que estaba menos expuesta al tiro de los franceses, llevándose consigo de seis á siete mil caballos y un cuerpo de infantería, con ánimo de reunirse al general Werneck y retirarse después hacia la Bohemia por el alto Palatinado. Con semejante determinación lo que hacía el archiduque, si

acaso lograba incorporarse con Werneck, era privar al general Mack de unos veinte mil hombres, dejándole en Ulm con sólo treinta mil, cercado por todas partes y en la necesidad de rendirse con la mayor ignominia.

Se ha dicho que la posibilidad de huir de Ulm quedó confirmada en la salida del archiduque; es un desatino. Desde luego la marcha de todo un ejército con sus trenes y bagajes no se disimula y oculta tan fácilmente como la de un pequeño destacamento compuesto en su mayor parte de caballería, que es otra ventaja. Y al cabo, lo que le sucedió al archiduque pocos días después de su salida de Ulm, prueba que si todo el ejército austriaco hubiera emprendido su retirada, todo él pereciera. El desacierto de los austriacos estuvo en desmembrarse. Convenía ó quedarse en todas sus posiciones ó todos juntos huir; quedar para sustentar una batalla sangrienta con setenta mil combatientes, ó arrojarse con esos setenta mil hombres sobre cualquiera de los puntos de los sitiadores, buscando en él ya una gloriosa muerte, ya las palmas con que tal vez la fortuna corona al temerario; pero desmembrarse éstos para huir con Jellachich hacia el Tirol, aquéllos para amparar la fuga de un príncipe de Bohemia, los de más allá, en fin, para firmar una capitulación en Ulm, conducta era por cierto la más lastimosa que pudo observarse. En verdad ya ha enseñado la experiencia que en aprietos semejantes, una vez desalentado el ánimo de los mortales, y en comenzando á declinar, declina de tal suerte que siempre opta por el peor de cuantos remedios se le ofrecen. La justicia empero nos obliga á declarar que Mack, después de su desgracia, constantemente ha sostenido que la división de las fuerzas austriacas y la fuga de varios cuerpos por distintos puntos, nunca fueron *obra suya* (1).

En el convento de Elchingen pasó Napoleón la noche del 14 al 15, y como apeticiera cercar de una vez y enteramente al ejército austriaco, en la madrugada de ese mismo día hizo que Ney marchara á despojar al enemigo de las alturas de Michelsberg. Estas alturas, que están á la parte arriba de Ulm, yendo por la orilla

(1) Todavía no han dicho los austriacos cuáles fueron sus operaciones en esa primera escena de la campaña de 1805. Sí que han publicado una muchedumbre de escritos contra el general Mack y en alabanza del archiduque Fernando, aplicándose á buscar en la ineptitud de un solo hombre el origen de la derrota del ejército austriaco y tratando de rebajar por ese medio la gloria de las armas francesas; pero todos esos escritos son inexactos é injustos, pues que, generalmente hablando, todos se apoyan en hechos erróneos, en imposibles sobrado conocidos. He logrado adquirir, aunque á duras penas, uno de los ya tan raros ejemplares de la defensa con que el general Mack compareció ante el consejo de guerra convocado para juzgarle. Esa defensa, de una forma peregrina, escrita con no poca reserva, sobre todo en lo que al archiduque Fernando atañe, mucho más fecunda en argumentos de pura declamación que no en hechos, me ha dado sin embargo la suficiente luz para entrar acertadamente en las intenciones del general austriaco y rectificar una multitud de supuestos absurdos. Creo, pues, que mi decir en este punto es el verdadero, tan verdadero por lo menos cuanto es dable suponer entre acontecimientos cuyo testimonio escrito ni aun la misma Austria ha querido presentar, y que casi carecen hoy de testigos presenciales. En efecto, fallecieron ya los principales personajes de aquella época, y para que los alemanes mantengan la verdad desfigurada ha habido un motivo harto natural, harto perdonable, el de salvar el honor de su pabellón á expensas de la ruina de un solo hombre. (N. del A.)

izquierda del río, dominan toda la ciudad, situada al pie de ellas, como ya se dijo, y sobre las márgenes del Danubio. Lannes había pasado el puente de Elchingen con todas sus tropas, y marchaba apoyando por el flanco la empresa confiada á Ney, con cargo además de echar á los austriacos de la cuesta llamada de Frauenberg inmediata á la de Michelsberg. Napoleón en persona se encontraba también en el lugar de la refriega, teniendo á Lannes consigo, observando, ora las posiciones que Ney iba á atacar á la cabeza de sus batallones, ora tendiendo la vista sobre Ulm, cuya población se ostentaba á sus pies. Cae de repente sobre la comitiva imperial una lluvia de metralla disparada por una batería que los austriacos descubrieron; Lannes coge corriendo la brida del caballo en que iba Napoleón para apartarle del alcance de aquel plomo homicida; y el emperador, que no buscaba las balas enemigas, ni huía de ellas tampoco, que si se exponía á que le alcanzaran sólo era en tanto que le fuera menester descubrir por sí mismo la acción de las cosas, se dejó llevar á punto desde donde con menos riesgo podía ver la acción. En esto despliega Ney sus columnas, acomete contra el atrincheramiento de Michelsberg repechando aquella cuesta, y le toma á bayoneta calada; pero Napoleón, que recela un mal en la demasiada impetuosidad con que ataca aquel mariscal, le ordena que no se empeñe con tanto ardor en la refriega; que no haga sino entreterla hasta dar tiempo para que Lannes llame por Frauenberg la atención del enemigo. «La gloria de uno ó de ninguno,» respondió Ney al general Dumás que fué á comunicarle aquella orden, y continuó su ataque venciendo todos los obstáculos, y ganando por último hasta las vertientes de las alturas que dominan la población de Ulm. También Lannes se había apoderado ya de las alturas de Frauenberg, y por consiguiente ambos jefes reunidos acometieron el descenso de aquellas cuevas para ponerse al pie de las murallas de la plaza, y tal fué el ardor de nuestras tropas en esta ocasión, que el 17 de ligeros, mandado por el coronel Vedel, de la división Suchet, asaltó y tomó el baluarte más inmediato al río, estableciéndose allí; sólo que como los austriacos reconocieran la arriesgada posición de aquel regimiento, cargaron sobre él inmediatamente y no pararon hasta rechazarle quitándole algunos prisioneros.

Por satisfecho se dió Napoleón en aquel día de todos estos sucesos; hizo por consiguiente que se suspendieran las hostilidades, guardando para la mañana siguiente la diligencia de intimar la rendición á la plaza, ó asaltarla dado que optara por la resistencia. También Dupont tuvo que sustentar en ese mismo día una refriega con el general Werneck, siempre empeñado en abrirse paso para Ulm. En brasas estaba el emperador no sabiendo qué había venido á ser de aquel su general, é ignorando igualmente que ya se había fugado de la plaza una parte del ejército austriaco; por tanto despachó á Murat para que por sí mismo indagase lo que por aquel punto pudiese haber ocurrido; mas convenido al fin de que varios destacamentos enemigos habían logrado evadirse por una de las puertas que menos expuestas estaban á la vista y al alcance de los franceses, al instante mandó á Murat que con la reserva de caballería, la división Dupont y los granaderos de Ou-

dinot persiguiese sin descanso á las tropas austriacas escapadas de Ulm (1).

La mañana del 16 la pasó Napoleón descargando algunas docenas de bombas sobre Ulm, y por la tarde ya ordenó á Mr. de Segur, uno de los oficiales de su estado mayor, que pasase á intimar al general Mack la entrega de aquella plaza. Hacía un tiempo horroroso; la noche era obscurísima, y Mr. de Segur tuvo que vencer las mayores dificultades para haber de penetrar en la ciudad, cuyas calles atravesó vendado hasta verse en presencia de Mack, quien, por más que se esforzaba para encubrir su terrible angustia, imposible le fué disimular ni su asombro ni su profundo dolor desde que llegó á oír cuán grande era el aprieto en que su mala estrella le tenía. ¡Infeliz! ni aun había llegado á conocerle en toda su gravedad, pues que aún ignoraba que cien mil franceses le tenían cercado; que otros sesenta mil ocupaban la línea del Inn; que los rusos estaban á muchas leguas de allí y que el archiduque Carlos no podía venir á socorrerle, porque el mariscal Massena le tenía entretenido en el Adige. Cada una de esas noticias, increíbles desde luego para aquel malhadado jefe, pero recibidas al cabo como exactas ya que tanto las repetía y aseguraba Mr. de Segur, cada una, decimos, era un cuchillo que le iba desgarrando el alma. Sin embargo, con entereza se mantuvo rechazando durante algún tiempo la propuesta de ceder á una capitulación; pero al fin fué haciéndose poco á poco á esa idea, aunque con la circunstancia de que se le dejasen algunos días esperando el auxilio de las armas rusas. Si al cabo de ocho no estaban esas armas á las puertas de Ulm, dispuesto decía él que estaba á entregar incontinenti aquella plaza; mas Mr. de Segur no estaba autorizado para otorgarle sino cinco, y á lo más seis, debiendo amenazar con el asalto y con todo el rigor de la guerra en las tropas austriacas si su general rehusaba ese partido.

Con obtener ocho días, y no seis, creía ese desventurado jefe sacar á salvo su honor, desde entonces perdido, y fué menester que Mr. de Segur se retirase yendo á poner en conocimiento del emperador el resultado de su misión. Las conferencias continuaron su curso, y por fin, introducido Berthier en la plaza, él mismo pactó con el general Mack las condiciones siguientes (2). Si el 25 de octubre, antes de media noche, no se presenta en Ulm un cuerpo de tropas austro-rusas capaz de romper el campo de los sitiadores, los sitiados rendirán sus armas, constituyéndose prisioneros de guerra para ser trasladados á Francia. Los oficiales austriacos podrán regresar á su patria bajo el empeño de no volver á servir contra aquella potencia; y los caballos, las armas, las municiones y las banderas, todo quedará declarado de pertenencia del ejército francés.

(1) He aquí el contenido de aquella orden: «Una división enemiga ha huido de esta plaza, y por consiguiente nuestra retaguardia peligra. Seguidla, alcanzadla, deshacedla; que ni un solo hombre se salve...» (N. del T.)

(2) Las condiciones se arreglaron entre Mack y Mr. de Segur. Berthier no hizo otra cosa sino transmitir las escritas por la mano de Napoleón, y de orden suya, á Mr. de Segur, quien dice relatando las ocurrencias de esta negociación: «El mayor general mariscal Berthier me dijo que trataría de arrimarse á las cercas de la ciudad, y que una vez estipuladas ya las condiciones, le sería de mucho agrado el que yo le facilitase el medio de penetrar en ella.» (N. del T.)

Ese era el pacto que se ajustaba el 19 de octubre; pero había de firmarse con la fecha del 17, lo que daba en apariencia una tregua de los ocho días que el general Mack había exigido. Cuando este desventurado jefe pasó al cuartel general del emperador, donde se le recibió con cuantos miramientos son debidos al infortunio, por diferentes veces aseguró su ninguna culpa en las calamidades de sus tropas, diciendo que el haberse apostado en Ulm había sido disposición del consejo áulico, y que contra su propio querer se habían desunido y desmembrado desde que se advirtieron asediadas.

He ahí, pues, la edición de otro pacto como el de Alejandria, sin faltarle más que la horrorosa matanza de Marengo. Prodigiosa era la actividad con que Murat perseguía entretanto á los austriacos, con la división Dupont, los granaderos de Oudinot y la reserva de caballería, resuelto á borrar la memoria de su reciente desacierto con un hecho sonado, pues se propuso coger hasta el último de cuantos soldados seguían al general Werneck y al príncipe Fernando. En la madrugada del 16 de octubre se echó á perseguirlos, y en la tarde de ese mismo día ya atacó en Nerenstetten á la retaguardia de Werneck, cogiéndola dos mil prisioneros. El 17 se encaminó hacia Heidenheim, adelantándose con la caballería hasta flanquear al enemigo, y descubriendo que ya se habían reunido y se retiraban juntos el archiduque Fernando y el general Werneck; pasó Murat en aquel día por Heidenheim, y por la noche llegó á Neresheim al mismo tiempo que la retaguardia de Werneck, que fué derrotada inmediatamente, desbandándose en los montes. El 18 se le persiguió al enemigo sin descanso en la dirección de Nordlingen, logrando cortar y rendir á todo el regimiento de Estuardo; de suerte que Werneck, viéndose atajado por todas partes y con una infantería que ya no podía echar paso adelante, sin esperanza de salvarse y aun sin voluntad (1) para tratar de lograrlo, se ofreció á capitular, y aceptada que fué su propuesta, se rindió con ocho mil hombres. Tres generales austriacos (2) trataron de escaparse con la caballería que man-

(1) No es eso enteramente exacto. Werneck oyó al parlamentario francés; aceptó la propuesta de una capitulación, pero con condición que no se había de ajustar hasta el otro día, y que se suspenderían en aquél las hostilidades, dando en rehenes el mayor del regimiento de Kaunitz y quedándose con el parlamentario francés en su cuartel general. Mas la intención verdadera de Werneck fué entreterner ese tiempo á los franceses y ver si á las sombras de la noche podía salvarse. (N. del T.)

(2) No teníamos noticias sino de dos, que fueron Hohenzollern y Miskiery, que lograron incorporarse con el archiduque. He aquí dos cartas del primero relativas á la capitulación del general Werneck.

«General: Tengo á la vista la carta que os ha dirigido el teniente general Werneck, y debo responderos que las pretensiones del general francés van en mi sentir contra las leyes de la guerra y contra el derecho de las naciones. Por tanto, declaro que vos y vuestras tropas estáis fuera de los compromisos de la capitulación y os ordeno, en consecuencia, que continuéis al servicio de vuestra bandera del mismo modo que hasta hoy lo habéis hecho. — Egra 23 de septiembre de 1805. — El archiduque Fernando. — Al teniente general de S. M. I. y R. conde de Hohenzollern.»

*Al feld-mariscal barón de Werneck.*

«Querido compañero: No puedo menos de deciros cuánto me asombra la proposición de que me entregue yo al enemigo con la caballería que hacía parte de vuestra división. Cuando yo me aparté de vuestro lado os habíais negado, en mi presencia, á todo género

daban á pesar de haber entrado en aquella capitulación, y aunque Murat les envió un oficial recordándoles el cumplimiento de sus compromisos, no quisieron escucharle y fueron á incorporarse con el príncipe Fernando. Con mano severa se propuso Murat castigar esa violación del ajuste; púsose á perseguirlos con mayor actividad que nunca, y en la noche del día siguiente, ya les quitó un parque de quinientos carros.

El camino que seguían esas tropas no era otra cosa que un teatro de lástima y de confusión inaudita. Los austriacos habían atropellado por medio de vuestras guarniciones, apoderándose de muchos de nuestros convoyes, de nuestros soldados rezagados, y de una parte del tesoro de Napoleón; pero se les volvieron á quitar en breve todas esas presas con más su artillería, sus propios convoyes y todo su dinero. Era en efecto de ver aquí soldados, allí empleados del uno ó del otro bando, todos ellos huyendo en desorden y sin saber adónde, sin conocer cuál era el vencedor, cuál el vencido; en fin, el paisanaje del alto Palatinado corriendo tras los fugitivos, despojándolos de cuanto llevaban, cortando los tirantes de las cureñas de la artillería y apropiándose los caballos. Murat, que cada día apretaba más y más á los austriacos en la retirada, llegó el 19 á Gunzenhausen, frontera prusiana del Anspach, donde con el mayor atrevimiento se le presenta un magistrado prusiano reclamando el beneficio de la neutralidad, siendo así que los austriacos acababan de obtener la autorización para atravesar aquel país; pero el general francés no respondió sino invadiendo con espada en mano la villa de Gunzenhausen y persiguiendo al archiduque tierra adentro, hasta ponerse el 20 de la parte allá de Nuremberg, donde el enemigo, sintiéndose ya sin fuerzas para continuar su retirada, cobró una posición y nos esperó. La caballería de uno y otro bando comenzó la acción. Se dieron y recibieron repetidas cargas; pero al cabo se dispersaron los escuadrones del archiduque, rindiéndose la mayor parte de ellos, no menos que la poca infantería que los acompañaba, y el mismo Fernando quedara en nuestro poder sin el generoso desprendimiento de un sargento que le dió su caballo para que pudiera huir, como en efecto lo hizo, siguiendo el camino de Bohemia con dos ó tres mil hombres de caballería.

Después de ese lance ya no quiso Murat continuar en su empeño. Llevaba cuatro días de marcha, haciendo en cada uno de ellos más de diez leguas; estaban sus soldados rendidos de cansancio; ir más lejos con ellos hubiera sido salirse del círculo de las operaciones de nuestras armas, y por otra parte, ni un paso más merecían ya los restos con que el príncipe Fernando continuaba su fuga. En esa memorable empresa había ganado Murat doce mil prisioneros, ciento veinte cañones, quinientos carros, once banderas, doscientos oficiales, siete generales y la tesorería del ejército austriaco; ya se

de capitulación, y desde entonces concebí por mi parte la idea de sacar á salvo la caballería, costara lo que costara, si acaso os fuera imposible á vos mismo el libertar la infantería. Puse esa idea en ejecución, y me salió bien. Luego no atino con el derecho que puede haber para que yo me declare prisionero no habiendo tenido parte en vuestros ajustes, á los cuales en ninguna manera me habría prestado. Como desde ayer ya me cuento aparte de vuestra división, no recibo más órdenes que las de S. A. R. el general en jefe. Tengo la honra, etc. — De Hohenzollern, teniente general.» (N. del T.)